

*INFORTUNIOS DE ALONSO RAMÍREZ Y  
PERIQUILLO SARNIENTO O LA EVIDENCIA  
DE UNA RELACIÓN ILUSTRADA INTER-TEXTUAL*

Por *Lucrecio Pérez Blanco*

En una ocasión, uniéndonos al pensar de otros críticos y estudiosos de la literatura hispanoamericana, afirmamos que a la obra del mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700) *Infortunios de Alonso Ramírez* le cabía el honor de ser un claro antecedente de la del también mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) *Periquillo Sarniento* (1816)<sup>1</sup>.

Distanciándonos de éstos y otros críticos, defendimos en otro trabajo que el honor de *Infortunios de Alonso Ramírez* radicaba en ser una *auténtica novela* en la que se iluminaban, como posteriormente en *Periquillo Sarniento*, la máxima ilustrada de enseñar y los *recursos* y *técnicas* que fueron el soporte de la novela griega<sup>2</sup>.

Todo esto lo hicimos con la máxima certeza de que quien —teniendo presente nuestro consejo— realice una lectura de estas dos obras del modo inverso a cómo nosotros lo hicimos en primera instancia (*Periquillo Sarniento* - *Infortunios de Alonso Ramírez*) descubrirá que el brillo del tradicionalismo, al menos en la literatura, no es exclusivo de una u otra literatura nacional, sino que es común a todas.

Por lo cual con este trabajo pretendemos iluminar el paralelismo que entre la obra de don Carlos de Sigüenza y Góngora y la de José Joaquín Fernández de Lizardi descubre el oro del tradicionalismo, o lo que es lo mismo, el porqué y de qué modo *Infortunios de Alonso Ramírez* es un claro antecedente de *Periquillo Sarniento*.

---

<sup>1</sup> *Periquillo Sarniento* (1816) es una novela donde su autor, el mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) trata de una forma deleitosa, apoyada en la ejemplificación del bien y del mal, ofrecer los contenidos morales y sociales que trajo la Ilustración. Ver Lucrecio Pérez Blanco, «Pensamiento y configuración narrativa de *Periquillo Sarniento*», en *La Ciudad de Dios*, vol. CXCIII, núm. 2, El Escorial, 1980, pp. 375-410; Luis Sáinz de Medrano, «Introducción» en José Joaquín Fernández de Lizardi, *Periquillo Sarniento*, 2 vols., Madrid, Editora Nacional, 1976; Alba Vallés Formosa, «Introducción» en don Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*, San Juan de Puerto Rico, Editorial Cordillera, 1967.

<sup>2</sup> Ver mi trabajo «Novela ilustrada y desmitificación de América», en *Cuadernos Americanos*, año XLI, vol. CCXLIV, sept.-octub., México, 1982, pp. 175-195.

## I

Se viene repitiendo, siguiendo quizá a Mariano Azuela, que José Joaquín Fernández de Lizardi se refugió en la novela para proseguir su vocación de crítico social, siendo ésta la razón por la que *Periquillo Sarniento* podría ofrecerse al crítico y lector como «un pretexto para seguir con su postura de crítico de la sociedad emprendida en el «*Pensador Mexicano*» que vio la luz el 12 de octubre de 1812<sup>3</sup>.

Evidentemente, la lectura de la novela, aunque no se haga con la atención puesta en dicho horizonte, lo corrobora.

Sin embargo, lo que también es obvio e incuestionable es que la presencia de *Periquillo Sarniento* en el *currículum* literario de José Joaquín Fernández de Lizardi pone de relieve la condición de un hombre ilustrado al máximo, puesto que no se ha limitado a impartir una enseñanza, sino que la oferta dulcificada.

Por una u otra razón, Fernández de Lizardi da fe de su hermosa debilidad ilustrada, al condicionar la oferta pedagógica a la teoría que había exigido en 1737 Ignacio de Luzán en su *Poética*. De ahí que el lector de la obra lizardiana descubra a los primeros compases de la lectura el reconocimiento y aplicación por parte del creador mexicano del consejo clásico, fijado por la pluma de Horacio y traducido por él en su *Periquillo Sarniento* con verdadero acierto: «Del lector el oficio desempeña / quien divierte al lector y quien lo enseña»<sup>4</sup>.

Diosa la norma horaciana, redeificada por el zaragozano Luzán, el *punto de partida* fijado en *Periquillo Sarniento* por el creador mexicano es instruir a sus hijos (como también al lector humilde, al lector que acepte ser enseñado); es la *docencia* del *locus* del *bien* y del *mal*, para que hacia el primero todos encaminen sus acciones y del segundo las aparten<sup>5</sup>; así como también, con la docencia matrimoniado, para que la lectura se convierta en agradable esfuerzo, ofrecerles el *deleite* que surge de la historia novelada<sup>6</sup>.

Si confiamos, como así es, que el creador mexicano del Siglo de las Luces ha de ser un ilustrado consecuente, hemos de deducir nosotros que ese *punto*

<sup>3</sup> «Para Fernández de Lizardi —dirá Mariano Azuela, por ejemplo— la novela sólo fue un medio que creyó más eficaz para la propaganda de su doctrina»: Mariano Azuela, «Algo sobre la novela mexicana contemporánea», en *Obras Completas*, vol.III, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 669.

<sup>4</sup> Ver José Joaquín Fernández de Lizardi, *Periquillo Sarniento*, edición preparada por Luis Sáinz de Medrano, Madrid, Editora Nacional, 1976, p. 130.

Advertimos que todas las citas referidas a *Periquillo Sarniento* se harán teniendo presente esta edición.

Horacio, a quien le toma en préstamo el texto Lizardi, había escrito: «Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci / lectorem pariterque monendo» (*Ars Poetica*, vv. 343-344)

<sup>5</sup> En *Periquillo Sarniento* podremos leer: «Deseo que en esta lectura aprendáis a desechar muchos errores que notaréis admitidos por mí y por otros y que, prevenidos con mis lecciones, no os expongáis a sufrir los malos tratos que yo he sufrido por mi culpa... mi deseo es instruiros y alejaros de los escollos donde tantas veces se estrelló mi juventud» (*Ob. cit.*, p. 73); «Co trato de presentaros un espejo fiel en que veáis la virtud y el vicio, según es, no debo disimularos cosa alguna» (*Ob. cit.*, p. 263).

Podrían darse muchos más textos, mas creemos que los dos que ofrecemos sirven suficientemente como prueba de lo afirmado.

<sup>6</sup> Téngase presente la confesión del mismo protagonista Periquillo Sarniento: «...Y así es que voy escribiendo mi vida según me acuerdo adornándola con los consejos, crítica y erudición

de *partida* estará proyectado al de la *finalidad* de su novela: ser útil al lector mediante la delectación.

¿Y qué es lo que sacará el lector que, siguiendo nuestro consejo, haya leído las dos obras —*Infortunios de Alonso Ramírez, Periquillo Sarniento*— teniendo como punto de iniciación de esa lectura el tiempo de publicación de las mismas?

Sin duda alguna que en la obra de don Carlos de Sigüenza y Góngora el *punto de partida*, proyectado al de la *finalidad* de la misma no es otro que el de ser útil deleitando, aunque a la manera de su tiempo con ese «solicitar lástimas» para las desventuras —trabajos— de Alonso Ramírez<sup>7</sup> y que parece velar un tanto el pretendido deleite y docta enseñanza.

Porque, a pesar de que *Infortunios de Alonso Ramírez* va dirigida al Virrey y el trato con él pide mesura, aconseja enseñar sin altanería o, a veces, ofrecer una enseñanza velada a fin de no servir de molestia, o de enseñar tan sólo mostrando, don Carlos de Sigüenza y Góngora no pierde de vista el sentido de *utilidad* con el que ha concebido a su obra; y así el lector se encontrará con textos como éstos:

«Mandóme (o por el afecto con que lo mira o quizá porque estando enfermo divertiere sus males con la noticia que yo le daría de los muchos míos)...»<sup>8</sup>.

«Hácese esta salida» ... «es necesario para escusar bordos esperar a las tres de la tarde» ... «navégase» ... «se apartarán de aquel meridiano... y conviene hallarse entonces en 13 gr.º de altura» ... «para buscar desde aquí... se ha de ir» ... «en soplando brisas se navegará» ... «pasadas estas angosturas se ha de gobernar al Oeste-noroeste, etc...»<sup>9</sup>.

Ante la evidencia la confesión es dignificante: el *punto de partida* y *finalidad* en *Infortunios de Alonso Ramírez* es el de ser útil mediante la oferta de una deleitosa enseñanza.

Si además es evidente, como en otro de nuestros trabajos, a esta breve pero valiosísima novela de don Carlos de Sigüenza y Góngora dedicado, hemos probado<sup>10</sup>, que es el principio ilustrado el que sirve de máximo exponente de la misma, hay que admitir ya que desde el inicio de *Infortunios de Alonso Ramírez* y de *Periquillo Sarniento* se tiende entre ambas un puente literario cuyos puntos de asiento para la apertura de los arcos, a través de los cuales los ojos del lector alcanzarán el cielo azul de la Ilustración, son la EN-

<sup>6</sup> que puedo en este triste estado; ...deseo seros útil como padre, y quisiera que la lectura de mi vida os fuera provechosa y entretenida, y bebierais el saludable amargo de la verdad en la dorada copa del chiste y de la erudición» (*Ob. cit.*, pp. 129-130).

<sup>7</sup> Ver *Infortunios de Alonso Ramírez*, en Carlos de Sigüenza y Góngora, *Obras históricas*, 2.ª edición. Edición y prólogo de José Rojas Garcidueñas, México, Porrúa, 1960, p. 9.

Todas las citas referidas a *Infortunios de Alonso Ramírez* las haremos teniendo presente esta edición.

<sup>8</sup> Idem, p. 75. El subrayado es nuestro.

<sup>9</sup> Idem: ver cap. II, pp. 16-18.

<sup>10</sup> Ver Lucrecio Pérez Blanco, «Don Carlos de Sigüenza y Góngora, autor de *Infortunios de Alonso Ramírez* o la fidelidad a la nueva ciencia y a los clásicos», en *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, n.º 10, Madrid, F.U.E., 1988.

SEÑANZA y el DELEITE con funciones de meritisima UTILIDAD. Preséntanse así una y otra novela como obras en las que prima una *preocupación social*, atractivo para el literato y más aún para el historiador.

## II

Fiel a la Poética que impulsa la literatura de su tiempo, este *punto de partida*, que hemos ya fijado y que se manifiesta en la dicotomía matrimonial enseñanza-deleite, se proyecta sobre otra dicotomía, pero contrapuesta en sus términos, con el fin de que el lector que no se sintiere incitado por el *docere* y *delectare*, busque el *moveri* hacia el bien y contra el mal, convencido y conocedor del lugar en donde le espera a él el primero.

Discípulo fiel José Joaquín Fernández de Lizardi de la Poética de su tiempo se nos muestra en *Periquillo Sarmiento*, como también, a través de ella, del gran filósofo griego Aristóteles que fue quien fijó los tres géneros con los que podía ser tratada la *materia artis*. Porque el novelista mexicano, prestidigitador, de enseñanzas y deleites, le toma en préstamo al filósofo griego su idea sobre el *género demostrativo*<sup>11</sup>; y monta la constante dicotomía *alabanza de la virtud / vituperio del vicio*.

Elocuentes son, en este sentido, los textos que a continuación ofrecemos:

«En los hombres debemos aborrecer los vicios, no las personas»<sup>12</sup>.

«Si les manifiesto mis vicios no es por lisonjearme de haberlos contraído, sino por enseñarles a que los huyan pintándoles su deformidad»<sup>13</sup>.

«Cuando les refiero tal o cual acción buena que he practicado, no es por granjearme su aplauso, sino por enamorarlos de la virtud»<sup>14</sup>.

«Deseo que en esta lectura aprendáis a desechar muchos errores que notaréis admitidos por mí y por otros y que, prevenidos con mis lecciones, no os expongáis a sufrir los malos tratamientos que yo he sufrido por mi culpa... mi deseo es de instruirlos y alejaros de los escollos donde tantas veces se estrelló mi juventud»<sup>15</sup>.

Y aún más elocuente resultará este otro texto que entresacamos de la novela lizardiana:

«Lo que apeteciera, hijos míos, sería que no leyerais mi vida como quien lee una novela, sino que pararais la consideración más allá de la cáscara de los hechos, advirtiendo los tristes resultados de la holagazanería, inutilidad, inconstancia y demás vicios que me afectaron... Esto es decir, hijos míos, que deseara que de la lectura de mi vida sacarais tres frutos, dos principales y uno accesorio. Amor a la virtud, aborrecimiento al vicio y diversión. Este

<sup>11</sup> Según Aristóteles, «el género *demostrativo* tiene como propio, bien la alabanza, bien el vituperio» (Aristóteles, *Retórica*, I, 3, edición de Antonio Tovar, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1971).

<sup>12</sup> Ver *Periquillo Sarmiento*, ob. cit., p. 903.

<sup>13</sup> Idem, p. 68.

<sup>14</sup> Idem, p. 68.

<sup>15</sup> Idem, p. 73.

es mi deseo, y por esto, más que por otra cosa, me tomo la molestia de escribiros»<sup>16</sup>.

Creemos que las cinco citas son suficientes para probar la proyección del pensamiento lizardiano conectado a la retórica clásica. Teoría ilustrada que se visioniza a través de la narración novelada recurriendo a la *ejemplificación* del bien y del mal iluminando el comportamiento de unos u otros personajes que se asoman a su texto<sup>17</sup>.

Don Carlos de Sigüenza y Góngora puede vanagloriarse de haber hecho camino antes con su obra *Infortunios de Alonso Ramírez*.

Acaricie el lector el texto sigüencino a la luz también de la retórica clásica. Apostamos a que, como nos ha sucedido a nosotros, descubrirá que es el autor de *Infortunios de Alonso Ramírez* el primero en aplicar conscientemente, por haberla aceptado de muy buen grado, a un texto narrativo de ficción en la literatura hispanoamericana la enseñanza clásica; y, por consiguiente, el primero en llevar su aplicación a la literatura mexicana<sup>18</sup>. Porque la narración de *Infortunios de Alonso Ramírez* navega entre el *elogio* y el *vituperio*.

En *Infortunios de Alonso Ramírez* se magnifica la enseñanza ilustrada y se vitupera lo que a ella contradice y opone.

El *elogio* es para la virtud, el trabajo y los oficios<sup>19</sup>, la hospitalidad, la misericordia o conmiseración y la fe<sup>20</sup>. Y se elogia o canta a la libertad<sup>21</sup>.

Por contra vitupéranse en *Infortunios de Alonso Ramírez* la traición a la patria y a la fe recibida de los mayores como herencia cultural<sup>22</sup>.

<sup>16</sup> Idem, pp. 505-506.

<sup>17</sup> Ver Lucrecio Pérez Blanco, «Pensamiento y configuración narrativa en *Periquillo Sarniento*», ob. cit., p. 403.

En este nuestro trabajo ofrecimos el cuadro donde reflejábamos cómo Lizardi se apoya en la acción de unos y otros personajes con el fin de que el lector descubra el bien y el mal. A él, pues, remitimos.

<sup>18</sup> Ver Lucrecio Pérez Blanco, «Don Carlos de Sigüenza y Góngora, autor de *Infortunios de Alonso Ramírez* o la fidelidad a la nueva ciencia y a los clásicos», ob. cit.

<sup>19</sup> Téngase en cuenta el entusiasmo que el padre de Periquillo pone en defensa de los oficios. Ver ob. cit., capítulos III y IV.

<sup>20</sup> Alonso Ramírez tiene elogios para la virtud de la madre y de la esposa (ver ob. cit., pp. 10-11 y 14-15); el trabajo y oficios son elogiados veladamente mediante la incansable búsqueda por parte de Alonso Ramírez de éstos con el fin de no ser inútil a la sociedad (ver ob. cit., cap. I); elogia la hospitalidad y conmiseración del clérigo don Cristóbal de Muros (ver ob. cit., p. 68), del Ilmo. Sr. Obispo don Juan Cano y Sandoval «que me socorrió con dos pesos» (ver ob. cit., p. 72); y de don Carlos de Sigüenza y Góngora que «compadeció mis trabajos...» (ob. cit., p. 75); y elogia la fe en Dios y en la Virgen (ob. cit., pp. 37, 39, 46, 54, 55, 56, 57, 64, et...).

<sup>21</sup> En *Infortunios de Alonso Ramírez*, ob. cit., p. 39, se puede leer: «Alabo a cuantos, aun con riesgo de la vida, solicitan la libertad, por ser ella la que merece, aun entre los animales brutos, la estimación.

«Sacónos a mí y a mis compañeros tan no esperada dicha copiosas lágrimas y juzgo corrían gustosas por nuestros rostros por lo que antes las habíamos tenido reprimidas y ocultas en nuestras penas. Con un regocijo nunca esperado suele de ordinario embarazarse el discurso y, pareciéndonos sueño lo que pasaba, no necesitó de mucha reflexa para creernos libres.»

<sup>22</sup> Claro nos parece el texto en el que Alonso Ramírez se refiere al traidor sevillano Miguel: «No hubo trabajo intolerable en que nos pusiesen, no hubo ocasión alguna en que nos maltratasen, no hubo hambre que padeciésemos, ni riesgo de vida en que peligrásemos, que no viniese por su mano y su dirección haciendo gala de mostrarse impío y abandonado lo católico en que nació por vivir pirata y morir hereje» (ver ob. cit., p. 45).

*Vituperio* hay en la obra sigüencina para el robo, la crueldad y herejía, la doblez, la deshonestidad y antropofagia<sup>23</sup>, acciones que distancian al hombre del postulado de la norma ilustrada.

Condenándose algunas de las costumbres de los orientales por ir en contra de la virtud, por ser «la más desvergonzada vileza que jamás vi»<sup>24</sup>. Y condena inmisericorde hay para la falta de hospitalidad y de misericordia<sup>25</sup>.

Ha quedado señalado por nosotros en otra ocasión ya la valoración por parte del autor de *Peroquillo Sarmiento* de la *educación*, o mejor del fruto de ella<sup>26</sup>.

Pero nos parece que es oportuno el insistir sobre el tema, dada la orientación de este trabajo y, además, porque es tal la preocupación que José Joaquín Fernández de Lizardi siente en su obra por la exaltación de la educación que nada de erróneo tiene el juzgar esta novela lizardiana —desde la perspectiva educacional— como un ensayo pedagógico, ya que, según el mismo Lizardi afirma, «el enseñar y dirigir la juventud es un cargo de muy alta dignidad»<sup>27</sup>.

El lector de la obra lizardiana podrá percibir que el aprecio y admiración de su autor por la educación es tal que está considerada por el mexicano como la *mejor herencia* que los padres pueden legar a sus hijos, ya que «hombre sin talento ni educación —dirá— no puede parir buenos, alegres ni razonados conceptos»<sup>28</sup>. Es la razón de que, sirviéndose del padre de Periquillo Sarmiento, se lamenta del desconsiderado aprecio de éste hacia la buena educación:

«Ya ves que soy un pobre y no tengo más herencia que dejarte que la buena educación, que te he dado, aunque tú no la has aprovechado como yo quisiera»<sup>29</sup>.

Nada extraño, pues, resultará al lector de Fernández de Lizardi el descubrir que el autor mexicano pone más relieve, más brillo en esa herencia que en el oro que pudiera legarse a los hijos y que el novelista mexicano apostille: su meridiano pensamiento en torno a lo que venimos señalando del modo siguiente:

«No sé qué tiene la buena educación en la niñez, que en la más desbocada carrera de los vicios suele servir de freno poderoso que nos contiene»<sup>30</sup>.

<sup>23</sup> Idem; ver, por ejemplo, el retrato que nos hace de los piratas, pp. 30, 31, 35, 37, 38, 40, 41, 42 y 45.

<sup>24</sup> Idem, p. 26.

<sup>25</sup> Idem, p. 72, donde Alonso Ramírez confiesa: «...y si no fue el licenciado don Cristóbal de Muros... no hubo persona alguna que viéndome a mí y a los míos casi desnudos y muertos de hambre extendiese la mano para socorrerme».

<sup>26</sup> Ver Lucrecio Pérez Blanco, «Pensamiento y configuración narrativa en *Periquillo Sarmiento*», ob. cit., pp. 383-384.

<sup>27</sup> Ver *Periquillo Sarmiento*, ob. cit., p. 86.

<sup>28</sup> Idem, p. 325.

<sup>29</sup> Idem, p. 175.

<sup>30</sup> Idem, p. 392.

¿Y qué descubrirá al respecto el lector o crítico que se acerque a la obra de don Carlos de Sigüenza y Góngora?

Que el valor dado a la educación por parte del autor de *Infornios de Alonso Ramírez* no alcanza la misma dimensión que el dado por Fernández de Lizardi en su *Periquillo Sarniento*. Sin embargo, se dará cuenta al mismo tiempo que José Joaquín Fernández de Lizardi pudo descubrir y percibir, como lo hace él, que es la educación, recibida por Alonso Ramírez en su niñez a la luz de los consejos maternos, la que encauza hacia la virtud o dentro de sus cauces mantiene al protagonista de *Infornios de Alonso Ramírez*, al tener presente el siguiente texto:

«Llamóse mi padre Lucas Villanueva, y aunque ignoro el lugar de su nacimiento, cónstame, porque varias veces se le oía, que era andaluz, y sé muy bien haber nacido mi madre en la misma ciudad de Puerto Rico y es su nombre Ana Ramírez, a cuya cristiandad le debí en mi niñez lo que los pobres sólo pueden dar a sus hijos que son consejos para inclinarlos a la virtud»<sup>31</sup>.

Porque curiosamente es la educación recibida la que en *Infornios de Alonso Ramírez*, y no en *Periquillo Sarniento*, tiene proyección en la vida del protagonista, puesto que la educación de Alonso Ramírez no sufre quiebra alguna a través de su trayectoria vital y explica en él la constancia y perseverancia en iluminar la virtud con la incansable búsqueda de trabajo por el mundo por él conocido y por él alcanzable.

Esgrime José Joaquín Fernández de Lizardi el *vituperio* para destronar *malas costumbres* y desterrar de la sociedad en que vive la *barbarie*.

¿Cómo ensombrecer el que su compatriota don Carlos de Sigüenza y Góngora esto mismo persigue en *Infornios de Alonso Ramírez*, al labrar el retrato goyesco que nos ofrece de los piratas y al condenar, como ya queda señalado, algunas costumbres orientales, consideradas por él como «la más desvergonzada vileza que jamás vi?»<sup>32</sup>.

Tampoco se podrá encubrir que el sabio mexicano del siglo XVII había dejado ya para la posteridad su primigenio y encomiable magisterio ilustrado en torno a las supersticiones y que, por tanto, dado que la enseñanza estaba en casa —en México, en la obra de su compatriota—, Fernández de Lizardi pudo recibirla de don Carlos muy fácilmente<sup>33</sup>.

<sup>31</sup> Ver *Infornios de Alonso Ramírez*, ob. cit., pp. 10-11.

<sup>32</sup> Idem, p. 26.

<sup>33</sup> Ha de tenerse en cuenta que ya en 1681, al publicar su obra *Libra astronómica y filosófica*, tomaba para sí la postura ilustrada de condena de toda superstición frente a las tesis sostenidas por el padre jesuita Eusebio Kino.

Debe tenerse en cuenta también que don Carlos de Sigüenza y Góngora se adelanta en esta condena de las supersticiones al famoso teólogo holandés y discípulo de Descartes Baltasar Bekker, conocido por su obra *Investigaciones sobre el significado de los cometas*, publicada en 1683.

## III

Se establece en *Periquillo Sarniento* una estrecha relación entre el hombre y la sociedad, por lo que también en otro momento nos atrevimos a afirmar que su autor ponía como meta final en esta novela a la sociedad, o mejor la creación de una sociedad perfecta cuyo fin no era otro que el logro de lo útil<sup>34</sup>. Y así es, efectivamente, puesto que el autor de *Periquillo Sarniento* pesa el valor del hombre atendiendo a la *utilidad* de éste *para* o *dentro* de la sociedad. Mídese aquí, pues, y se valora la bondad del sacerdote, del militar, del fraile, del albacea, del abogado, del fiscal, del médico, del enfermero, del escribano, del maestro, de los padres, de los hijos, de los amigos... etc..., no por sí mismos, ni por su participación en el *bonum*, sino por el servicio útil que preste a la sociedad allí donde ella opere. Porque todos son y tienen sentido —según, claro, la doctrina lizardiana— en cuanto están más o menos integrados, por su servicio, en la sociedad. Por lo que todos, si no quieren perder su sentido dentro de ella, evitarán, en primer lugar, ser parásitos sociales y, en segundo término, habrán de cooperar en el enriquecimiento de la sociedad que integran a través del enriquecimiento personal.

Pero ¿cómo enriquecerse? El primer condicionante expresado arriba fija el medio idóneo: el *trabajo*.

¿Quién podrá negar que en lo más hondo y en el más sublime aliento de *Periquillo Sarniento*, además de otras valiosísimas entonaciones, hay todo un *canto al trabajo*?

Tan evidente es en esta novela lizardiana, como lo será en *Don Catrín de la Fachenda*<sup>35</sup>, la condena de la mendicidad, robo, juegos, etc..., que negarlo sería como ocultar la luz ilustrada que movió a su autor y da sentido a toda su labor literario-social.

El camino que José Joaquín Fernández de Lizardi obliga a seguir de modo especial a su protagonista en tierras americanas —de México— conduce a la prisión y al destierro, y, por lo tanto, es obvio que el autor de ello usa para obligar al lector a sacar la oportuna lección y condenar las acciones que llevan a Periquillo a una y a otro.

Y tan evidente como lo anterior resultará para el lector —en el anverso de la misma moneda— la oferta del *trabajo* como antorcha de felicidad para el hombre<sup>36</sup>. Mas ha de prestarse cierta atención para fijar en Fernández de Lizardi el significado de *trabajo*, pues éste no sólo se refiere al *esfuerzo físico*

<sup>34</sup> Ver mi trabajo «Pensamiento y configuración narrativa en *Periquillo Sarniento*», ob. cit., p. 392.

<sup>35</sup> En 1819 publicaba José Joaquín Fernández de Lizardi su novela *Don Catrín de la Fachenda*. El protagonista es un hombre «provisto de honrosos títulos familiares, de una repugnancia innata por el trabajo y de una sed insaciable de holgar en la abundancia, ...ahogándose en la miseria ensaya un arte tras otro en la vasta lista de timos característicos de la picaresca: soldado, pierde su plaza al tratar de seducir a una jovencuela adinerada; petardista, inventa una madre y una hermana para engañar a un ingenuo que le mantiene, a él y a sus cómplices, durante una temporada; ladrón, le descubren y le encarcelan en el Morro de La Habana; por amante le acuchillan y pierde una pierna; de mendigo casi alcanza la paz y la felicidad acomodado con una hacendosa Marcela; el alcohol le causa, al fin, una hidropesía que le lleva a la tumba». El resumen lo hemos tomado de Fernando Alegria, *Historia de la novela hispanoamericana*, 4.<sup>a</sup> edición, México, Ediciones de Andrea, 1974, p. 21.

<sup>36</sup> En las pp. 283-284 el texto lizardiano nos deleita con el párrafo siguiente: «El saber hacer alguna cosa útil con las manos, quiere decir, el saber algún arte, ya mecánico, ya liberal jamás es vituperable, ni se opone a los principios nobles, ni a los estudios ni carreras ilustres que éstos

realizado para la obtención de riqueza que da la felicidad, sino también —una vez que el término ha sido enriquecido por la cultura, la educación con un significado más amplio— al *cumplimiento del deber*. De ahí que en la obra lizardiana descubramos que el hombre no es útil a la sociedad *tanto* cuando a ella aporta riqueza material, dineros, fruto quizá de la fortuna, *como* cuando esta riqueza se ha alcanzado con el esfuerzo personal mediante un servicio, un oficio<sup>37</sup>. Y aquí está la razón para el lector de la obra de Fernández de Lizardi de que éste intente mover a sus contemporáneos al ejercicio de un *oficio*, predicándoles que no era el *oficio* el que envilecía al hombre, sino aquel obrar suyo con el que se opusiera al cumplimiento del deber social<sup>38</sup>. El que llenara su deber se convertiría así en un *hombre de virtud*. Y, si el *deber* del hombre tenía dimensiones de virtud, ésta evidentemente no estaba en el robo que lleva a la cárcel<sup>39</sup>, ni en la mendicidad por huir del trabajo<sup>40</sup>, ni en el juego<sup>41</sup>, porque «no hay duda —decía yo— la holgazanería, el libertinaje y el vicio no pueden ser los medios seguros para lograr nuestra felicidad verdadera»<sup>42</sup>.

No extrañará, por lo dicho hasta aquí, que nosotros veamos en *Periquillo Sarniento* todo un boceto —si no es que deba tenerse como un verdadero retrato— de la sociedad mexicana y, por lo mismo, la consideremos también como una condena, por parte del escritor, de esa misma sociedad de los siglos XVII y XVIII en la que primaba, a su entender, más el pensamiento de un «pícaro» Periquillo, que termina en la prisión y el destierro que el del que, redimido en Oriente, vuelve a México decidido a poner en obra lo aprendido.

También respecto a la relación *hombre-sociedad-trabajo* la filiación de *Periquillo Sarniento* con *Infortunios de Alonso Ramírez* es más que evidente. Y así el crítico, en una lectura paralela de las dos obras, percibirá el trasvase, realizado una vez más por José Joaquín Fernández de Lizardi, en favor de su texto, del pensamiento sigüencino *iluminando* la figura de Alonso Ramírez.

Se comprenderá, por lógica —no cabe duda—, que la relación *hombre-sociedad* no se ha de dar tan claramente en *Infortunios de Alonso Ramírez* como en *Periquillo Sarniento*, pues don Carlos de Sigüenza y Góngora no pretende la teorización.

La relación *hombre-sociedad* en *Infortunios de Alonso Ramírez* no se establece teóricamente; pero sí que está presente en esta valiosa novela de don Carlos Sigüenza y Góngora la realidad de esa interrelación, puesto que el comportamiento de Alonso Ramírez, como perseguidor incansable de oficios, y el

<sup>36</sup> proporcionan; antes suele haber ocasiones donde no vale al hombre ni la nobleza más ilustre, ni el haber tenido muchas riquezas, y entonces le aprovechan infinito las habilidades que sabe ejercitar por sí mismo... La deshonra ha de nacer de la ociosidad o de los delitos, no de las profesiones». Pueden tenerse también presentes las páginas 285, 286, 701 y 706.

<sup>37</sup> Dedúcese del texto que hemos dado en la nota anterior.

<sup>38</sup> Téngase presente la nota 36.

<sup>39</sup> Ver *Periquillo Sarniento*, ob. cit., pp. 843.846.

<sup>40</sup> Idem; ver, entre otras, las pp. 652, 653, 654, 655, 732, 767 y 903.

<sup>41</sup> Idem, pp. 107, 302, 305, 306, 307, 309, 310, 312, 327, 328, 330, 331, 347 y 584.

<sup>42</sup> Idem, p. 846.

sentimiento de culpabilidad por el fracaso en dicha consecución, no se explicaría si el creador literario no partiera de esa relación funcional del hombre al servicio de la sociedad:

«Desesperé entonces de poder ser algo, y hallándome en el tribunal de mi propia conciencia no sólo acusado, sino convencido de inútil, quise darme por pena de este delito la que se da en México a los que son delincuentes, que es enviarlos desterrados a Filipinas»<sup>43</sup>.

Tres palabras del texto dado se presentan como clave indiscutible del mismo para tener como hecho incuestionable en *Infortunios de Alonso Ramírez* el considerar al hombre cual un elemento de la sociedad, cuya función primordial es la de ser útil a la misma: *Poder ser algo, inútil, delincuente*. Si así no fuera, ¿por qué habría de considerarse Alonso Ramírez *inútil* y, sobre todo, *delincuente*? Nada mal había hecho a nadie, luego su consideración en el sentido por nosotros señalado hay que entenderla: la culpa o delito, sentido en sí mismo por Alonso Ramírez, es *la de no conseguir un oficio*, la de no haber alcanzado un trabajo estable con el que ser útil a la sociedad.

Cierto que lo que Alonso Ramírez vive no es otra cosa que un sentimiento de culpabilidad que no corresponde o adecúa su responsabilidad moral o social y, por lo tanto, su culpa o delito es psicológico, mientras que Periquillo Sarniento sí que es sujeto de culpabilidad moral y social. Por esta razón éste es castigado por la sociedad con la prisión y el destierro a Filipinas y Alonso Ramírez es él mismo el que se impone dicho castigo. Sin embargo, en esa culpabilidad psicológica de Alonso Ramírez don Carlos de Sigüenza y Góngora hace aflorar unas responsabilidades que impone sean aceptadas por el mismo Alonso Ramírez frente a la sociedad: *a) el hombre ha de trabajar; b) el hombre ha de tener un oficio; c) el hombre ha de cumplir con el deber de buscar trabajo y oficio*.

El Alonso Ramírez itinerante —que no vagabundo como Periquillo y algún que otro personaje de *Periquillo Sarniento*— por la Nueva España, y marinero, no parece tener otra explicación dentro de la obra de don Carlos de Sigüenza y Góngora que la que se deriva de los tres presupuestos indicados arriba.

En otro lugar nosotros ya hicimos referencia al valor dado al trabajo en la novela de don Carlos de Sigüenza y Góngora, cuando afirmamos:

«La importancia de la obra de *Infortunios de Alonso Ramírez*, desde esta perspectiva de la enseñanza, radica en que, marcada por el rasgo barroco del desengaño, ofrece las primeras conquistas hispanoamericanas de la Ilustración, como es, entre otras, la alabanza de la virtud, que procede no del desprendimiento (pobreza), sino del *trabajo*, esfuerzo personal que genera riqueza»<sup>44</sup>.

Veladamente estábamos hablando ya de *Infortunios de Alonso Ramírez* como de un *canto al trabajo*, a los oficios, al igual que se dará después en *Periquillo Sarniento*.

<sup>43</sup> Ver *Infortunios de Alonso Ramírez*, ob. cit., p. 15.

<sup>44</sup> Ver Lucrecio Pérez Blanco, «Novela ilustrada y desmitificación de América», ob. cit., p. 184.

Y, si la pregunta viene a nosotros buscando el porqué de la obsesiva persecución de un trabajo o de un oficio por parte de Alonso Ramírez, el texto sigüencino nos descubre que su autor se ha adelantado a su compatriota Fernández de Lizardi, puesto que, si Alonso Ramírez persigue un trabajo y un oficio, lo hace porque la concepción que del trabajo y oficio como *virtud* posee su mente así se lo impone.

Conscientemente afirmamos que en la obra de don Carlos de Sigüenza y Góngora el *trabajo* es concebido como *virtud* por él y su protagonista. De otro modo, no se hubiera sentido atormentado Alonso Ramírez, como descubrimos, ante el hecho de no encontrar trabajo u oficio estable por el que ser útil a la sociedad <sup>45</sup>.

Si el lector o crítico indaga sobre la fuente de esa virtud en Alonso Ramírez, otra vez se topará con el descubrimiento primero: el autor de *Infortunios de Alonso Ramírez* se ha adelantado al de *Periquillo Sarniento*, puesto que esa virtud proviene de la *educación* que de niño recibió en la casa paterna a la luz y calor de los consejos de la madre.

¿Qué importa que José Fernández de Lizardi obligue a su protagonista a desviarse de la senda de la educación y que don Carlos de Sigüenza y Góngora haga lo contrario, si lo que uno y otro pretenden, aunque por diferentes caminos, no es otra cosa que la de *magnificar la virtud*? José Joaquín Fernández de Lizardi responsabiliza a Periquillo del fracaso sufrido al no seguir los consejos hacia la virtud; don Carlos de Sigüenza y Góngora achacándolo a las circunstancias o, si se quiere, a la sociedad, ya que Alonso Ramírez sí tuvo presentes los virtuosos consejos que le legó su madre <sup>46</sup>.

Evidente nos parece el trasvase a *Periquillo Sarniento* por parte de Fernández de Lizardi del pensamiento sigüencino depositado en *Infortunios de Alonso Ramírez*. Don Carlos de Sigüenza y Góngora también había condenado el robo y lo había hecho de dos modos: 1) negando ese camino a un personaje como el suyo, virtuoso <sup>47</sup>; 2) condenando a los piratas, una de cuyas maldades era el vivir del latrocinio <sup>48</sup>.

<sup>45</sup> En *Infortunios de Alonso Ramírez*, ob. cit., p. 15, el protagonista nos confiesa el motivo de su destierro voluntario a Filipinas: «Desesperé entonces de poder ser algo y, hallándome en el tribunal de mi propia conciencia, no sólo acusado, sino convencido de inútil, quise darme por pena de este delito la que se da en México a los que son delinquentes, que es enviarlos desterrados a las Filipinas.»

<sup>46</sup> La responsabilidad de Periquillo en la obra de Fernández de Lizardi va a quedar refrendada por el desenlace de la primera parte: prisión y destierro a Filipinas impuestos al delincuente Periquillo por la propia sociedad:

La responsabilidad del destierro —mejor exilio voluntario— de Alonso Ramírez en *Infortunios de Alonso Ramírez* es imputada a la sociedad o al medio en que le toca vivir y que carece de recursos para hacer felices a sus súbditos.

La relación entre hombre-sociedad es tan incuestionable en la vida del ser humano que, aunque, como en estas obras se deja ver, la responsabilidad sea del hombre o de la sociedad, es al ser humano al que le toca pagar los efectos del mal de sí mismo derivados o de la sociedad en la que está inmerso.

<sup>47</sup> Cualquier lector de *Infortunios de Alonso Ramírez* descubrirá cómo Alonso Ramírez, ante la pérdida de un oficio, responde con la búsqueda incansable de otro nuevo.

<sup>48</sup> Nada, sino condenarlo, puede hacer Alonso Ramírez ante el robo; pero la condena es manifiesta siempre que los piratas se apoderan de los bienes ajenos. La condena se realiza elevando a categoría de hábito el comportamiento de los piratas: «... pareciéndoles no vivían, mientras no hurtaban» (*Infortunios de Alonso Ramírez*, ob. cit., p. 27).

El trasvase parece alcanzar a los mínimos detalles: don Carlos de Sigüenza y Góngora ha fijado como la mejor herencia a transmitir por los padres a sus hijos la *virtud* o consejos que a ella inclinen; y no otra cosa hará confesar después Fernández de Lizardi a Periquillo Sarmiento:

«...y sé muy bien haber nacido mi madre en la misma ciudad de Puerto Rico y es su nombre Ana Ramírez, a cuya cristiandad le debí en mi niñez lo que los padres sólo le pueden dar a sus hijos, que son consejos a la virtud»<sup>49</sup>.

«...ya ves que soy pobre y no tengo más herencia que dejarte que la buena educación, que te he dado, aunque tú no la hayas aprovechado como yo quisiera»<sup>50</sup>.

#### IV

Postulaba la Ilustración la *experiencia* como fuente de sabiduría y así José Joaquín Fernández de Lizardi, promotor de luces sociales, de ella se vale para transmitir su enseñanza<sup>51</sup>:

«No llores, hijita, no es para tanto. Yo lo que te he dicho es lo que *me enseña* la razón y la *experiencia*»<sup>52</sup>.

«No seas tonta, mujer. No son los gastos, sino la *experiencia que tengo* la que me hace desconfiar de Pedro»<sup>53</sup>.

Debe hacerse notar que el *hecho experimentado* no se presenta fríamente en el texto lizardiano, sino gozando de vida palpitante. Está en él con un fin didáctico. El lector de *Periquillo Sarmiento* ha de sacar una valiosa enseñanza: aprender con los ojos, el oído, la razón de otros:

«La infidelidad de un amigo, la perfidia de una mujer, la trácala que nos hizo el lisonjero, los golpes que nos hizo sufrir el agraviado, la prisión a que nos redujo la justicia por nuestra culpa, la enfermedad que padecemos por nuestro exceso, y otras cosas así, a la verdad que son ingratas a nuestro espíritu y a nuestro cuerpo; *pero la experiencia de ellas debía hacernos sacar frutos dulces de sus mismas amargas raíces*»<sup>54</sup>.

<sup>49</sup> Idem, p. 11. En esta página encontramos el texto en el que está la confesión de Alonso Ramírez en torno a los consejos de su madre y éstos hacia la virtud como mejor herencia a transmitir por los padres. El testimonio o prueba de haberlos seguido nos lo ofrece toda la narración que sale de la pluma de don Carlos de Sigüenza y Góngora.

<sup>50</sup> Ver *Periquillo Sarmiento*, ob. cit., p. 175. Debe tenerse presente que la buena educación estaba orientada a enseñar la virtud, lo virtuoso, con el fin de que se aceptara y siguiera por parte del lector.

<sup>51</sup> Ver Lucrecio Pérez Blanco, «Pensamiento y configuración narrativa en *Periquillo Sarmiento*», ob. cit., pp. 400-401.

<sup>52</sup> Ver *Periquillo Sarmiento*, ob. cit., p. 116.

<sup>53</sup> Idem, p. 216.

<sup>54</sup> Idem, p. 847.

Vayamos a la novela de don Carlos de Sigüenza y Góngora. Negar la presencia del hecho experimental en ella y con una función como la que tiene, precisamente didáctica, comportaría, no sólo un riesgo de desenfoco crítico, sino un abultado despiste. Para no ser reiterativos remitimos a nuestro trabajo ya varias veces citado aquí, *Novela ilustrada y desmitificación de América*, y de modo más concreto al epígrafe dedicado a la *Enseñanza útil*.

Sin embargo, se nos va a permitir una consideración: los capítulos II, III, IV, V y VI de *Infornios de Alonso Ramírez* no otra cosa son que la oferta de un *hecho experimentado* personal o ajeno ofrecido por don Carlos de Sigüenza y Góngora con el fin de que sea útil a los marineros y al virrey. A los primeros en la ruta a seguir desde Acapulco a Filipinas a través del Océano Pacífico y en la ruta de vuelta por el Océano Índico y el Océano Atlántico, evitando los enemigos posibles. Al otro para que, motivado por los robos de los piratas, se decida a defender a los desprotegidos marineros españoles-americanos.

Evidentemente, con la antorcha de la Ilustración entre los pliegues de su razón, don Carlos de Sigüenza y Góngora presta a Fernández de Lizardi otro *factor ilustrado* que podrá manejar como recurso de su novela al igual que lo ha hecho él.

## V

La arquitectura literaria enlaza también a las dos novelas sobre las que se centra este nuestro trabajo.

Como ya expusieramos en otro momento<sup>55</sup>, don Carlos de Sigüenza y Góngora, en el capítulo I de su novela, *simula* —que practica— una arquitectura picaresca con el *desplazamiento* —no vagabundeo— de su pequeño héroe de un punto geográfico a otro dentro del Virreinato de Nueva España, buscando —no huyendo de— un oficio en el que trabajar, así como —ya se ha dicho— servir a la sociedad.

Al *desplazamiento* acude, ahora en busca de justicia, para la composición del capítulo VII.

Y para la elaboración del gran *corpus* de la novela, como también ya sobradamente hemos demostrado, se apoya en la técnica y recursos que les tomó en préstamo a los novelistas griegos<sup>56</sup>.

¿Y qué ha hecho José Joaquín Fernández de Lizardi en este aspecto en 1816? Seguir el camino literario ya allanado por su compatriota don Carlos de Sigüenza y Góngora en 1690.

Para la primera parte de su *Periquillo Sarniento* Fernández de Lizardi se apropia del recurso sigüencino, aunque extrapolándolo vía española (peninsular) a la técnica picaresca<sup>57</sup>, puesto que su personaje no va en la dirección positiva (búsqueda del paraíso en el trabajo) como Alonso Ramírez, sino en la negativa (búsqueda del paraíso rehuyendo el trabajo).

<sup>55</sup> Así, en nuestro trabajo «Novela ilustrada y desmitificación de América», ob. cit. ya en nota 2.

<sup>56</sup> Idem.

<sup>57</sup> Es la distancia que hay entre un Periquillo Sarniento y un Alonso Ramírez. Mientras Alonso una y otra vez buca un trabajo, oficio, que le dé la felicidad en este mundo, Periquillo toma como bandera la huida del oficio y la consecución de algo que le permita vivir sin trabajar.

Para la segunda parte, en la que Fernández de Lizardi tiene que jugar con la aceptación por parte de su protagonista de la *verdad* que oferta el programa ilustrado, el camino no es otro que el de la técnica y recursos que con *Infortunios de Alonso Ramírez* y —a través de éste— con la novela griega conectan: viaje, naufragio, pérdida de las riquezas logradas por un golpe de fortuna y no por el esfuerzo personal, salvación, redención y consecución del paraíso (riqueza-virtud-trabajo, integración en la sociedad mexicana como un hombre útil).

## VI

Si de todo lo expuesto hasta aquí, ofrecido por las dos primeras novelas mexicanas (1690-1816), tuviéramos que precisar la razón del porqué de la interrelación, de la enseñanza paralela, en estas dos obras, habría que afirmar obviamente que la *doctrina ilustrada* tiene la palabra. Los dos autores, en base a las obras que nos preocupan, son, como ellas lo son, dos pensadores ilustrados.

Evidentemente, esto va a jugar a favor *no* de *Periquillo Sarniento* —la evidencia la iluminan las coordenadas temporales dentro de las que fue publicada (1816)—, sino de *Infortunios de Alonso Ramírez* y de su autor, porque, aunque las coordenadas temporales de una y otro encajan más en el Barroco que en la Ilustración, sin embargo, el *contenido* de la obra se distancia de lo que esas coordenadas temporales piden. Lo que será de capital importancia, pues *Infortunios de Alonso Ramírez* abrirá en México —y por ello en la literatura hispanoamericana— el amanecer esplendoroso de la Ilustración y Neoclasicismo.

Encuéntrense, pues, las dos novelas en la Ilustración. *Infortunios de Alonso Ramírez* abriéndole las *puertas*; *Periquillo Sarniento* fijando los *cerrojos*.

## VII

La conexión entre *Infortunios de Alonso Ramírez* y *Periquillo Sarniento* o el trasvase del pensamiento sigüencino al texto lizardiano por el que ambos textos quedan enparentados es tan evidente, por todo lo expuesto aquí por nosotros, que nada tiene de disparatado —al menos a nuestro entender— el sostener, como en otro lugar ya lo hicimos<sup>58</sup>, que *Infortunios de Alonso Ra-*

<sup>57</sup> Él mismo descubrirá que la vida del pícaro no tiene otra salida que el delito, la cárcel y el destierro. Por esta razón nos parecen acertadas las palabras de Luis Sáinz Medrano en el Prólogo a la edición de *Periquillo Sarniento*: «El *Periquillo Sarniento* no es, pues, una novela picaresca con consecuencias moralizantes, sino una novela moralizante con arquitectura consecuentemente picaresca» (ob. cit., p. 22). Pero aun así *Periquillo* es un pícaro, «un calavera»; Alonso Ramírez es un desventurado, un malasuerte.

<sup>58</sup> En nuestro trabajo «Novela ilustrada y...» afirmamos en una de las conclusiones: «Constituye un claro antecedente de *Periquillo Sarniento*, puesto que en *Infortunios de Alonso Ramírez* se aplica, en un aspecto, la máxima ilustrada de enseñar, que en *Periquillo...* alcanza gran amplitud; así como es un antecedente respecto al género en que está inmerso *Periquillo Sarniento*, pues *Infortunios de Alonso Ramírez...* es una verdadera novela que responde al criterio de la Ilustración, apoyándose en recursos y técnicas que fueron soportes de la novela griega, empleados también por *Periquillo Sarniento*» (ob. cit., p. 195).

*mírez* es un claro antecedente, por contenido y estructura literaria, de *Periquillo Sarniento*. Y puede mantenerse así también que don Carlos de Sigüenza y Góngora cuestiona ya en 1960 lo que en 1816 —fecha de publicación de *Periquillo Sarniento*— José Joaquín Fernández de Lizardi toma como motivo de su quehacer literario: la preocupación por la idiosincrasia y los comportamientos del hombre y de la sociedad mexicana.

